

## FUNDACION DE CIUDADES Y METAMORFOSIS DE LA ESTRUCTURA URBANA EN LA CRISIS DEL PRESENTE

por el Dr. SIEGFRIED GIEDION

De la Universidad Técnica Federal de Zurich

Edificio Seagram en Nueva York, construido en 1956-57 por Mies van der Rohe



La actual situación no excluye lo insólito. En la historia de la arquitectura es la construcción de ciudades de un período determinado un fenómeno tardío. Se necesitan siglos generalmente para que una época adquiera la madurez requerida para delinear sus proyectos urbanos. La arquitectura hallábase ya cerca de su momento de plenitud cuando Hipodamus adaptó el viejo modelo mesopotámico del tablero de ajedrez a los principios que regían la organización democrática. Cuando se erigió el Partenón, el Ágora de Atenas, ese núcleo de cristalización de la primera democracia, constaba, en el aspecto constructivo, de un conjunto de estructuras inconexas. Encontramos por vez primera el dechado arquitectónico de un ágora, en Priene del Asia Menor, en tiempos de Alejandro Magno.

También la Edad Media hubo de llegar a su más alto período de florecimiento para que una casi enfermiza época de fundación de ciudades invadiera Europa. Pocas fueron afortunadas. A aquella época debemos, sin embargo, la fundación de ciudades como Berna, Friburgo en Suiza, Friburgo en Brisgau y otras.

Sólo al finalizar el gótico surgieron articulaciones como las orgullosas casas consistoriales de Florencia y Siena. En el siglo XII todavía celebraban los ediles sus sesiones en la catedral de Pisa.

El Renacimiento, que inició los nuevos tiempos, fue pobre en síntesis de construcción urbana. Sólo con referencia al barroco temprano, a la Roma de Sixto V, puede hablarse de planificaciones en el sentido actual. En el siglo XVIII, finalmente, surgen aquellas plazas y sucesiones de plazas cuya constructiva sabiduría urbana aún hoy provoca admiración.

La construcción de ciudades es, pues, por lo regular, el fruto tardío de una evolución, pues debe combinar una multiplicidad de funciones. Florece cuando las formas de vida de una época determinada se han elucidado al punto que su manifestación es posible, que pueden ser expresadas de modo directo, inmediato.

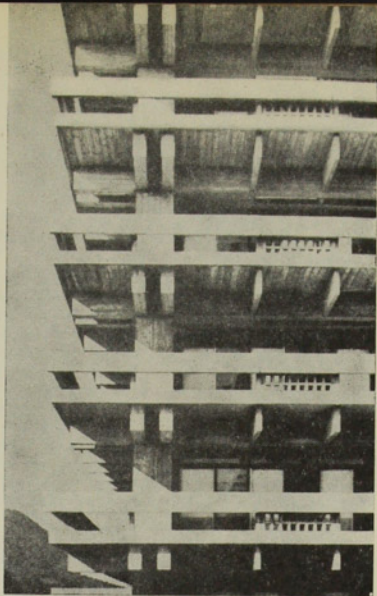
De esta regla se aparta totalmente la situación actual. Ni en el ápice ni en el final de una época nos encontramos. Somos principiantes. Será oportuno repetir aquí lo que el pintor futurista Boccioni dijo en 1910: "Somos los primitivos de una nueva civilización". Di-

cho de otro modo; estamos en el comienzo de un "continuum", de una nueva tradición en ciernes. En estos momentos de irrupción, de puesta en marcha, las circunstancias exigen de nosotros una actividad constructiva urbana para cuyas proporciones no existe en la historia término de comparación.

Algo más caracteriza la situación actual: Europa no es ya el único centro de evolución de la arquitectura. Las fronteras se van dilatando más cada día. Pero sería falso hablar de una desvaída arquitectura internacional. Basta señalar a Finlandia, el Brasil o el Japón, que ha pasado a primerísima línea en la última década. Cabelmente en las planificaciones más audaces se impone el carácter regional. La actividad constructiva urbana ha adquirido universal fisonomía. Abarca el mundo entero. Y he aquí que a nosotros, meros principiantes, nos ha caído encima la tarea de proyectar ciudades de todos los tamaños para que sean construidas en el futuro.

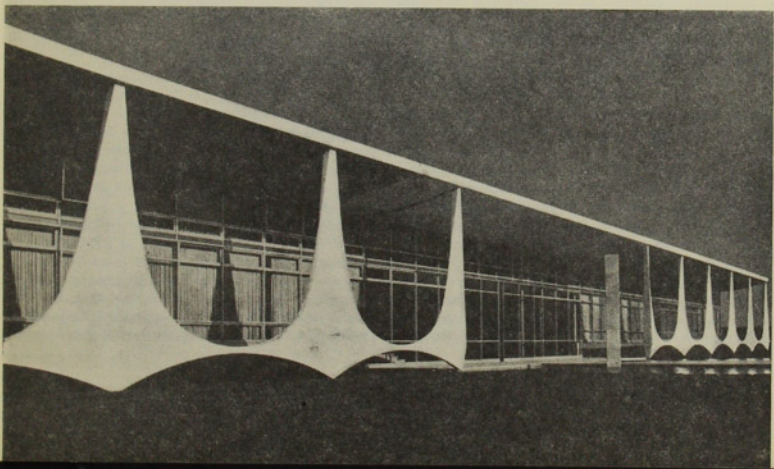
Una ciudad es la configuración de una forma de vida. ¿Cómo anda la nuestra? Es insegura hasta lo más hondo. Faltan las líneas directrices generales. Por eso no dominamos la producción y es la producción la que nos domina a nosotros. Basta un nuevo medio de comunicación —el automóvil— como todos sabemos, para que el organismo de las ciudades quede violentado.

En medio de la inseguridad y el caos, sin embargo, alienta una frenética voluntad de nuevas realizaciones y formas nuevas. Consideremos el caso de dos interesantes fundaciones urbanas: Chandigarh y Brasilia. Ambas han sido proyectadas para una población de unos 500 mil habitantes, ambas son centros de gobierno y administración y ambas pertenecen a países pobres, que no se han arredrado ante el experimento.



Oficina de la municipalidad de Kagawa, Japón (detalle de la estructura del edificio) por el arquitecto Kenzo Tanje

Detalle del palacio de La Alborada, residencia presidencial, en Brasilia, por el arquitecto Oscar Niemeyer (fotografía de Rebeca Yáñez)



Chandigarh es la capital del Punjab indostánico y Brasilia la capital de todo un imperio. Y para ambas los proyectos proceden de figuras eminentes de la arquitectura de nuestro tiempo: para Chandigarh de Le Corbusier y para Brasilia de Lucio Costa.

¿Qué nos enseñan las planificaciones de Chandigarh y Brasilia sobre la metamorfosis estructural de la ciudad contemporánea?

El problema me interesó. En distintos años del seminario de mi clase de la Universidad de Harvard confíe investigaciones a participantes que habían colaborado en las planificaciones: para la de Chandigarh a un indio y para la de Brasilia a un brasileño. La situación de ambas ciudades fue determinada por fotografía aérea. Antes se construían las ciudades en sitios que eran nudo de comunicaciones: empalme, encrucijada. Brasilia se yergue entre el mato de la selva, a 1.200 kilómetros de la costa. Los ferrocarriles y las carreteras vienen luego. Brasilia deberá abrir trocha para la colonización de un interior continental monstruoso. También Chandigarh, al pie del Himalaya, deberá crearse su contorno.

Brasilia: en el concurso de proyectos, para el que pocos arquitectos brasileños fueron requeridos, presentó Lucio Costa un "plan piloto". Constaba de dos ejes que se cruzaban en ángulo recto. Uno, el Eje Norte-Sur, fue delineado por Lucio Costa en forma ligeramente arqueada, como las alas de un avión: constituye la zona de residencia. La atraviesa una arteria de comunicación como gran vía única.

En el centro es interrumpida, cortada, esta gran vía, por el Eje Este-Oeste, trazado como eje monumental desde el capitolio con sus edificios de gobierno hasta la estación del ferrocarril en el extremo del oeste. Cerca del punto de intersección de ambos ejes se ha reservado espacio para el barrio mercantil y el centro de diversiones.

En el extremo del este, en el lugar que en el avión corresponde al timón, se alzan el Capitolio, con su plaza triangular, el Parlamento, el Palacio Presidencial y la Corte Suprema. Anexos, véanse los altos vitrales de los edificios administrativos. Esta plaza de los tres poderes no está cercada por muros. Sólo los volúmenes se replican, como, a su modo... las Pirámides. La ordenación y el modelado plástico de estos edificios son prueba evidente de que Oscar Niemeyer, a quien se ha confiado la construcción de Brasilia, tiene las dotes, raras hoy, que exige la configuración de los volúmenes en forma que entre ellos se establezca una sensible relación espacial.

¿Qué nos enseña esta planificación?

Consta, en realidad, de dos partes: el eje del barrio de residencia y el eje monumental. Ambos se desenvuelven, según la norma, que va imponiéndose más cada

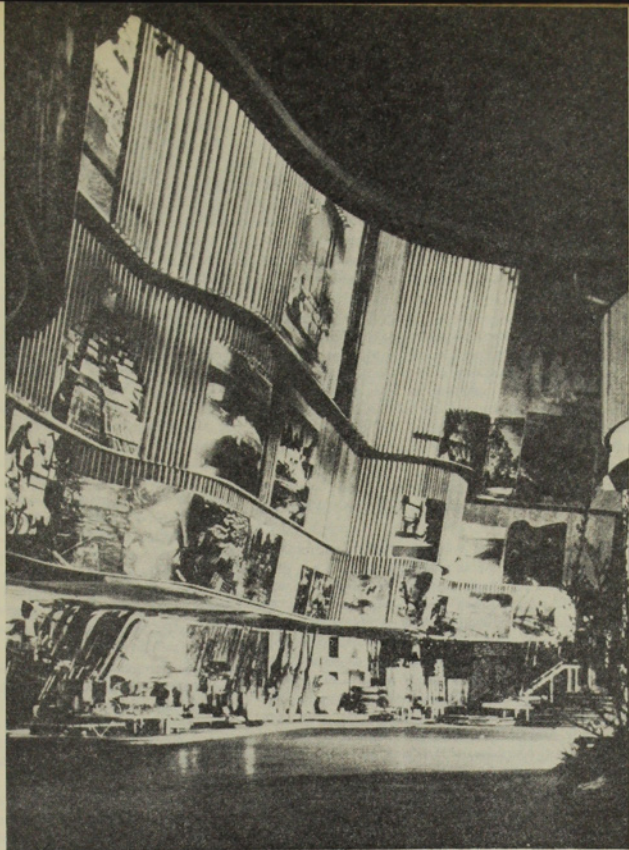
día, de la ciudad-banda, es decir, a lo largo de una línea, no en sentido concéntrico. Está en contraste con las plantas circulares de la Edad Media y las radiales del Renacimiento. La ciudad-banda permite un tráfico lineal, sin cruces. En Brasilia, sin embargo, se cruzan dos ciudades-banda: la banda este-oeste del eje monumental y la banda norte-sur de la zona de residencia, por lo que el cruce de los ejes no es aquí algo tan natural como Lucio Costa cree. En las ciudades provinciales de las legiones romanas la rigurosa cruz de ejes constituía una gran ayuda para la organización de la ciudad. Hoy acarrea innecesarias dificultades en el tráfico.

Mas ocurre que la planificación de Lucio Costa no puede ser juzgada exclusivamente desde el punto de vista de la reflexión racional. Toda la configuración evidencia, de bien patente modo, que, por vez primera, Lucio Costa ha tenido la audacia de aproximarse nuevamente, con un proyecto urbano, a la significación del símbolo.

Veamos ahora qué puede enseñarnos la planificación de Chandigarh, capital del Punjab oriental. Cuando Le Corbusier recibió en 1951 los proyectos de sus predecesores, dividió el cuerpo urbano en cuadriláteros de dimensiones generosas, con longitud de lados de  $\frac{3}{4}$  km.  $\times$   $1\frac{1}{4}$  km. Dentro de este marco se brindó individualmente todas las posibilidades a la tarea de completar y perfeccionar la obra. El modelo del tablero de ajedrez funciona aquí como un rosario de aldeas independientes de colonos. Los distintos ángulos rectos están rodeados de diversos tipos de vías de comunicación en forma escalonada. En otras partes de la planta que constituye el modelo tablero de ajedrez, es despejado el espacio aprovechando los surcos, pliegues y quebradas del terreno y los cursos de agua, a los que se deja fluir libremente. Sin proponérselo viene a nuestro recuerdo la venerable planificación de Peking, cuya organización tipo tablero de ajedrez es animada por arroyos artificiales.

Pero en Chandigarh no hay una ciudad prohibida para el "Hijo del Cielo". Aquí el Capitolio, con su Tribunal Supremo, su Secretariado, su recién terminado edificio del Parlamento, se alza como cabeza del soma urbano con consciente orgullo. En ningún otro sitio puede admirarse la armonía de modernas construcciones de finísima concepción como en el Capitol de Chandigarh.

La tendencia a anteponer el centro principal a la ciudad misma, se ha generalizado hoy por diversos motivos. Uno de ellos es que permite al tráfico el acceso desde el exterior sin contacto con el bloque urbano. Otro motivo es que la ciudad puede extenderse sin que dicho centro quede aprisionado en la red de las calles. Es una tendencia que no sólo observamos en Brasilia y Chandigarh. Puede comprobarse el mismo fenómeno



Pabellón finés en la exposición mundial de 1939, por Alvar Aalto

en el ensanche de Atenas por Doxiades y en el de Helsinki por Alvar Aalto.

La organización de las zonas de residencia es distinta en Brasilia y Chandigarh. A lo largo de sus alas de doce kilómetros, Lucio Costa alinea sus superbloques de 240 metros de lado. En sus abiertos patios hay verdes espacios de césped con escuelas y otros establecimientos. Pero se repiten casi como moldeados a máquina. La ordenación de las zonas de residencia obedece en Chandigarh a un principio distinto. En un espacio re-

lativamente reducido y abarcable a la mirada se brindan posibilidades a la "vecindad humana". Sobre la idea en que ésta se inspira se ha debatido largamente, año tras año, en los congresos internacionales consagrados al estudio de nuevos conceptos de edificación (CIAM). Esta vecindad humana no debe interpretarse en un sentido de intimidad. Se trata de neutrales relaciones humanas, más o menos caracterizadas por la fase del "golpecito en la espalda". Pero no podemos detenernos en esto.

No sólo las nuevas fundaciones exigen una transformación de la estructura urbana. Con la misma radical decisión debe intervenir en el organismo de las viejas metrópolis. La planificación debe proyectarse en forma que tráfico, automóvil y ciudad no se miren ya hostilmente. Debe lograrse una coordinación entre bloque urbano y movimiento y concentración de masas. Cuando el aumento de la población adquiere carácter torrencial, aumentan los problemas de organización hasta lo infinito.

Tenemos estadísticas de la fuga migratoria del núcleo céntrico de Berlín hacia las afueras, ya de 1860 y 1870. Parecido fenómeno se observa en las grandes urbes de nuestra época. Diríase que se inicia una lenta descentralización. Pero de momento las cosas presentan distinta fisonomía. El número de habitantes sube sinestramente como una curva febril. La ciudad de diez millones es un fenómeno de nuestro siglo. No puede negarse: está ahí...

Lo que en nuestro tiempo está ocurriendo podemos verlo, con abrumadora evidencia en Nueva York, en Tokio...

Veamos primero Nueva York. En 1962 basta recorrer las avenidas que cruzan la ciudad de norte a sur para observar cómo las viejas casas de ladrillos rojos son reemplazadas dondequiera por nuevos rasacielos. Es como si una nueva ciudad debiera reemplazar a la vieja en brevísimo tiempo. La energía constructiva que aquí se manifiesta es asombrosa. Pero es de muy diverso carácter la impresión que de nosotros se apodera. No puede reprimirse la angustiada interrogante que suscita esta fástica actividad constructiva: ¿cómo podrá seguir funcionando la ciudad cuando los nuevos edificios sean ocupados, si las vías del tráfico están atascadas ya?

El último fanatismo constructivo de Nueva York se inició cuando fue instalado el almacén de acero del ferrocarril elevado que atraviesa la Tercera Avenida. Vino un nuevo impulso con la construcción del centro de las Naciones Unidas, que transformó repentinamente el antes desvalorizado contorno de la Cuarta Avenida. Se produjo luego la nueva ofensiva sobre una de las más bellas vías de residencia: la Parkavenue. Sus altas casas de departamentos son demolidas una tras otra, siendo reemplazadas por edificios mercantiles, construcciones de acero y cristal, entre las que, ciertamente, admiramos dos obras maestras: la Lever-Brother House, de Brunshaft, y el bronceíneo Seagram Building de Mies Van der Rohe.

En el eje de la Parkavenue, sobre los rieles de la estación central de Nueva York —the great central station— se yergue hoy la torre de un monstruo para oficinas capaz para 30.000 personas. Es el mayor hasta el mo-

mento. Ha sido decisiva la influencia de Walter Gropius en su construcción.

La angustiada interrogante nos acosa sin tregua: ¿cómo podrá seguir existiendo la ciudad cuando todos estos edificios sean ocupados? Se ha intentado, ciertamente, crear nuevos espacios en algunos lugares. En el barrio de Wall Street, foco financiero del mundo, se está abriendo una amplia plaza delante del Chase Manhattan Bank. Sólo puede verse allí aún una hueca excavación con hondura de sima. Bajo la superficie de la plaza —según me informó el arquitecto Brunshaft— se construirán seis pisos subterráneos. Todos estos intentos sólo son gotas en la arena. Falta imaginación para una irrupción decisiva y operante. Podría hablarse del peligro de que, sin medidas prohibitivas, que atenten ya incisivamente a lo personal, Nueva York será incapaz de contener la vida desbordante en sus flacos odres. Veamos cómo andan las cosas en Tokio. Aquí las circunstancias son aún más angustiosas que en Nueva York. Si Nueva York crece de prisa, Tokio crece con furia. En 1920 su población era todavía muy inferior a la de París o Londres. Hoy supera ya a Nueva York y la predicción estadística anuncia, para dentro de poco, una población de quince millones. Como en todas las viejas capitales el crecimiento afluente radialmente sobre el ya recargadísimo centro. La ampliación de las vías de acceso sólo consigue agravar el mal. La situación exige soluciones nuevas y radicales. Y sólo hay una salida: el mar.

Dispersas por todo el globo, alzaron los primitivos sus casas sobre el agua. Desde Venecia, el principio no ha sido aplicado en gran escala. Con increíble tardanza se ha requerido por primera vez el auxilio de la nueva técnica para resolver un problema en apariencia insoluble. Habrá de realizarse en escala gigantesca, ciertamente.

De acuerdo con la situación de Tokio, el propósito es rellenar la bahía. La estructura centripeta de Tokio sería prolongada con evolución axial rectilínea. Así el tráfico correría, sin obstáculo, en línea recta ininterrompida.

Kenzo Tange ha elaborado su proyecto 1960 de Tokio hasta el detalle. Una ciudad-banda será transportada al mar. En trechos de un kilómetro de longitud se alinean la zona gubernativa, la zona financiera y las de tiendas, hoteles y diversiones, la nueva estación y el nuevo puerto para el tráfico de pasajeros. Las zonas de residencia se insertarán en ángulo recto. Sólo la reproducción gráfica puede dar una idea de la bulente vida, ajena a toda esquematización, que revela este proyecto de gigantes. Basta una ojeada al modelo para creerse ante una antiquísima planificación nipona, a pesar del dominio de las últimas técnicas que se evidencia en el menor detalle.

Kenzo Tange pertenece a la nueva generación. Mientras trabajaba con su equipo en la planificación de Tokio, escribió una monumental obra ilustrada sobre el santuario que por regla ritual debe ser renovado periódicamente. Esta actitud, con igual fuerza vinculada al pasado y al futuro, es cardinal exigencia de nuestro tiempo.

Resumamos la situación actual. Nuestra forma de vida ha llegado a ser insegura hasta lo más hondo. Faltan las líneas directrices generales. Tienen que faltar. Pues a la pregunta de cómo queremos vivir no hay respuesta que no sea confusa y vacilante. No son las mentes prácticas las que encontrarán la respuesta. Reemplazan casas bajas por casas altas, mientras el impulso sin frenos de la vida los arrolla y deja atrás. ¡Sólo la imaginación y la audacia podrán ayudarnos! A pesar de todo lo ne-

gativo no podrá movernos a desesperación una época en la que, en una sola esfera de la actividad humana, se materializan proyectos como los Chandigarh 1951, Brasilia 1955 y Tokio 1960.

La ciudad es el arquésímbolo de la humana convivencia diferenciada desde su nacimiento en las altas culturas madres, hasta nuestros días. La vida en comunidad desarrollada durante un período determinado, su vigor y su decadencia, son el indicador más fiel sobre el estado de una civilización. Si consideramos la ciudad como el lugar de encuentro de las esferas individual y colectiva, la característica inconfundible de la ciudad auténtica será justamente la relación entre el yo y el tú. Es esta relación entre el yo y el tú la que deberá hoy ser reconquistada.